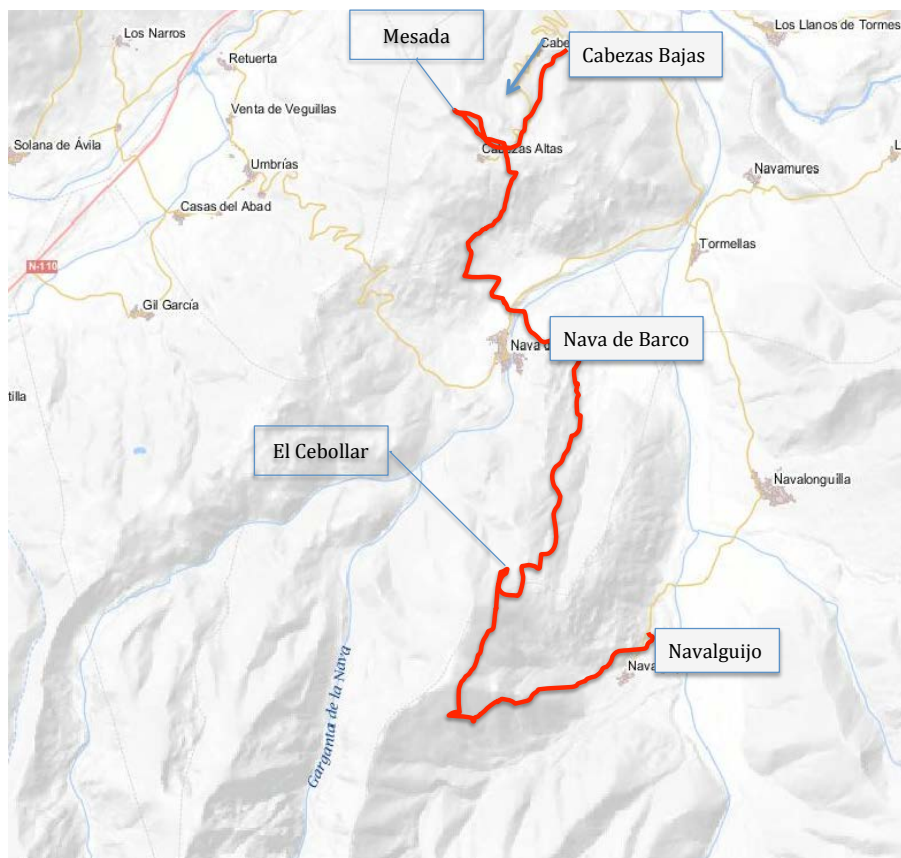


El sendero se empina para ganar las alturas del pico Cebollar, el último promontorio que cae desde El Pelado. La primera parte sigue junto a piedras fantasmagóricas hasta alcanzar una plantación de pinos. Seguiremos por pista hasta que llega un momento en el que hay que ganar altura bruscamente. Una dura rampa nos dejará cerca de la cumbre, donde podremos disfrutar de otro balcón casi desconocido y de extraordinaria belleza.

Desde el Cebollar, seguiremos por la cuerda hasta comenzar un descenso, primero por la ladera, luego por senda y al final por calleja para terminar en el pueblo de Navalguijo, donde nos esperará el autocar.

Organizamos la salida:
Manolo García y
Javier San Sebastián.

Boletín: Javier San Sebastián



Cabezas Bajas - Navalguijo

Otoño en la Sierra de Barco

La región que visitaremos.

Estamos en el Suroeste de Barco de Ávila, dentro del Parque Regional de la Sierra de Gredos. Tres valles cortan la sierra en dirección Noreste, surcados por las gargantas de los Caballeros y de Galín Gómez (o de Barco) y por el río Aravalle. Las dos primeras se unen en Tormellas al joven Tormes. El Aravalle lo hará más adelante, junto al precioso puente de las Aceñas.

Los tres valles crean ambientes que han sido habitados desde hace siglos. Navalguijo y La Nava de Barco se sitúan junto a las primeras vegas de las gargantas citadas. Entre ellas, surgen elevaciones montañosas modestas, como los cerros de Mesada y El Cebollar.

Los robledales tapizan las laderas, acompañados por enebros, sotobosque de matorral, manchas discontinuas de

pastizales y plantaciones de pinos. Más próximos a los pueblos, castaños, nogales y frutales, especialmente manzanos. Una rica vegetación de ribera acompaña a los cursos de agua.



La fauna autóctona va recuperando el espacio donde la ocupación humana se retira. En nuestros paseos no es raro ver jabalíes, cabras, las repobladas perdices o los buitres (y con suerte, el águila real).

Los habitantes.

Los pueblos de la sierra no se libran de la despoblación. Muchas huertas se van abandonando y se ven prados de siega con la hierba alta y agostada. Algunas parejas jóvenes se han establecido, pero la mayoría trabajan en Barco, Piedrahita, Béjar, Guijuelo... Es una lástima que, ahora que los pueblos están mejor acondicionados que nunca, no haya manera de fijar la población.

Han surgido por todas partes casas rurales que dan algo de vida, especialmente durante la temporada estival. Está bien que se aprovechen los recursos y éste es uno de los más prometedores, pero los habitantes de los pueblos, los dueños de las casas y las autoridades deben ser conscientes de que tener buenos alojamientos no es suficiente: hay que aportar valor añadido para que la gente vaya, disfrute, llene su tiempo con lo que no puede tener en la ciudad y lo cuente a sus amigos.

Se debe mantener el patrimonio etnológico material e inmaterial,

mostrarlo como una herencia de la que se está orgulloso. Esto incluye bosques, montañas, caminos, norias, fuentes, lavaderos, herramientas, artesanía, pero también costumbres, tradiciones, festejos e incluso cuentos y canciones.

Es una tarea difícil, porque lo que no se utiliza se va perdiendo. Como ejemplo, las callejas y sendas se van llenando de zarzas, incluso cerca de los pueblos.

Seguro que si se organizan actividades en la naturaleza y la gente va a algo más que a comer y dormir (importante también, claro), habrá más movimiento turístico sostenible.

La naturaleza y los productos autóctonos de calidad, como la carne de avileña o las reinetas son el primer reclamo en estos lugares. Los habitantes deben ser sus primeros defensores. Incluso las personas mayores que han sufrido las condiciones extremas de la vida en la montaña deben convencerse de que potenciarla es su mejor opción.



Lo ideal sería que continuaran existiendo la ganadería extensiva, las huertas y cultivos. Pero hoy día parece difícil de conseguir si estos trabajos no se compatibilizan con otras ocupaciones.

También hay motivos para la esperanza. Quedan resistentes, como nuestro amigo Jose María, ciudadano del mundo, que ha elegido vivir en Umbrías, así como todas las personas que han decidido elegir los pueblos y su forma de vida, apostando por la ganadería, los servicios o la hostelería, incluyendo las casas rurales que abundan en varios pueblos de la zona.



La excursión.

Llegaremos a la localidad de Cabezas Bajas tras trepar con el autocar por una carretera que remonta desde Navatejares. Previamente habremos desayunado para empezar la jornada con fuerzas.

Comenzaremos a caminar por un antiguo camino tradicional que nos

llevará hasta Cabezas Altas.

Merece la pena que nos desviemos un kilómetro para llegar hasta el cerro de Mesada, con sus fantásticas vistas sobre la garganta de Galín Gómez y el Circo de Barco, la Sierra de Solana, Valdecorneja y el valle del Tormes. En la cumbre hay varias antenas, peaje que tenemos que pagar para estar comunicados. Simplemente, dejadlas a vuestra espalda y disfrutad del panorama.

Rodearemos el pueblo en el descenso para pasar por unas preciosas callejas teñidas de otoño y descenderemos por una ladera hasta llegar a la Nava de Barco, donde Manolo y yo os tendremos preparada una pequeña sorpresa.

A continuación subiremos por el cerro del Robledillo. Caminaremos por un laberinto, o mejor, jardín pétreo que a buen seguro a más de uno va a dejar impactado, más que nada por lo insólito de las formaciones; no conocemos otros lugares parecidos en Gredos.

